

es el demonio, y este perro tiembla, se estremece, y huye de solo ver la señal de la Cruz. No huviera dia para referir de estos sucesos prodigiosos; pero entre innumerables escojo este por mas especioso.

Cuenta nuestro erudito Theofilo Raynaudo, (Rayn. t. 16. *Herbe. f. n.* 196.) que en el Occidente, siendo Abad S. Leufrido de un Monasterio muy numeroso de Monges, solian estos juntarse en la Iglesia à sus santos ejercicios, y puesta una silla en el Presbyterio, sentado en ella el Santo Abad, iban uno à uno pasando todos los Monges, haciendole profunda reverencia, en señal de sumision, y obediencia. Sucedió, pues, que una vez, hallandose enfermo el Santo Abad Leufrido, no pudo baxar à asistir con la Comunidad à la Iglesia. Y el demonio, logrando esta ocasion de engañar à los Religiosos, y de que todos le hicieran reverencia, toma la figura, y el habito del Abad, baxa con los demás, y sientase muy replanado de autoridad en la silla. Fueron los Monges, segun su costumbre, haciendole cada uno su inclinacion. Faltaban pocos, quando baxó uno de ellos, que venía de la celda del Santo Abad Leufrido, y con él enviaba à escusarse de asistirle. Vé otro Leufrido sentado en la silla: Qué es esto! Vuelve à toda prisa à la celda de su Abad. Padre, le dice, qué es esto? Estás à un tiempo en dos lugares? Te acabo de dexar aqui, y te hallo allá en la Iglesia sentado? Vuelvo de la Iglesia, y te veo aqui? Si allá no haces falta, para qué me envias? Entendió al punto el Santo Abad lo que esto era, levántase apriesa, acude à la Iglesia, y antes de entrar fue en todas las puertas, y ventanas de ella, haciendo con la mano la señal de la Cruz. Y quando ya todas las tuvo así con la señal de la Cruz aseguradas, entra en la Iglesia, y al punto empieza à temblar el maldito mentido Abad: hace traer Leufrido un azote, y empieza à descargarse azotes sobre el mentido Abad. Los Monges à reir, y el diablo à correr, y Leufrido à azotar: iba à una puerta, y aunque estaba patente, y abierta, volvía corriendo; iba à la otra, y trás de él Leufrido con el azote, y los Monges dandole vaya. Así anduvo rodeando la Iglesia sin atreverse à salir por ninguna puerta, hasta que despues ya de muy bien azotado, subiendose por el cordel de la campana, se salió por el taladro de la bóveda, donde Leufrido no se havia acordado de hacer la señal de la Cruz; y tan lleno de miedo iba, que se subió consigo el cordel, porque temió que lo siguiera Leufrido: pero en fin llevó el perro muy buen cordelejo. Entonces el Santo Abad les dió à entender à sus Monges, como havia permitido el Señor aquello à los ojos del cuerpo, para que viesen la virtud de la señal de la Cruz, pues teniendo patentadas las puertas, solo porque havia hecho en ellas la señal de la Cruz, las tuvo el demonio cerradas. ¡Oh! y nosotros le cerrémos siempre à este infernal enemigo con esta señal Santa, todas las puertas de nuestras almas, para que jamás pueda lograr nuestro daño, para que vivamos siempre seguros de él, no solo en lo corporal de la vida, sino en lo espiritual de la gracia.

PLATICA X.

DE LOS ESPIRITUALES provechos que hay en perfignarnos con la atencion debida.

A 15. de Junio de 1690.

MEnos peligrosa sería nuestra batalla, si aunque tan terribles, solo de fuera tuvieramos enemigos; pero hacefe mas temerosa, porque tenemos tambien enemigos de dentro, y tan peores, que sin estos nada consigueran aquellos en nuestra ruina. ¿Quién pensara, que dentro de nosotros mismos tenemos peores enemigos que los mismos demonios? Pues es así, y por eso, si al demonio para vencerlo, y echarlo à huir, basta ponerle una Cruz, à nosotros mismos, como peores enemigos, nos ponemos tres Cruces, y aun no sé si bastan. Dixe ya lo que significan las tres Cruces, que hacemos al perfignarnos, por lo que mira à los Mysterios de nuestra Fé, que debemos creer: diré ahora lo que significan esas tres Cruces en lo que debemos obrar. Vimos ya esas tres Cruces hacia Dios; ahora para acabar, y coronar las explicaciones de la señal de la Santa Cruz, hemos de ver esas tres Cruces hacia nosotros. Y dixe bien para coronar: porque en esas tres Cruces, si las logramos, tenemos en el Cielo prevenidas otras tantas coronas. Reparó un ingenio agudo, en que el Crucero del Sumo Pontifice tiene tres Cruces, ya lo han visto pintado, y volviendo luego los ojos, advirtió, que en la Tyara tiene tambien el Sumo Pontifice tres coronas: tres à tres las Cruces, y las coronas? ¿Por que? ¿por qué ha de ser, sino porque à cada Cruz le corresponde luego su corona? Esto dice este agudo Epigramma.

Cur tibi Cruce triplex, Gregori, triplexque corona est?

Nempè suam sequitur quæque corona Crucem.

Yá, pues, podrá decir alguno: Padre, si es tanta la eficacia de la señal de la Cruz, con hacernos una Cruz sola no bastaba? Pues por qué nos perfignamos haciendo tres Cruces? Yo lo diré: porque à repetidos enemigos, bien hemos menester multiplicar las armas. Y si no, oyan ya el Catecismo: *La primera en la frente, porque nos libre Dios de los malos pensamientos.* ¡Oh, qué batalla! ¡Oh, qué enemigos tan terribles, que como venenosas vivoras nos matan, y despedazan la misma madre que los concibe. Nacen los pensamientos dentro del alma, y si ésta con su voluntad los abraza, por eso mismo, como el abrazo del Tygre la despedazan, y la matan: como el abrazo del segador la cortan, la derriban, y la destruyen. En un instante se forman, en un instante se consienten; y si la penitencia no nos limpia, por una eternidad han de durar en el tormento. Cuántas almas estarán en el Infierno por un solo pensamiento con-

consentido? ¡Qué eficaces! ¡Con qué colores pintan! con qué dulzuras engañan! ¡con qué sofisterías facilitan! ¡con qué rhetórica persuaden à la pobre voluntad, que tantas veces se dexa llevar ciega, para quedar perdida! ¡Qué importunos, que ni dexan lugar, ni tiempo en que no nos embistan! A los deliertos trasladan con la memoria los tropiezos del poblado; en los claustros meten con los recuerdos los lazos engañosos del mundo; en el retiro de la oracion se representan, de la misma manera que en el bullicio de la plaza; dentro de casa nos embisten, y fuera de ella nos acometen. Y lo que es peor, ¡oh, Santo Dios! que como en toda la vida nos afligen, en la hora de la muerte mas terriblemente nos combaten. ¡Oh, pensamientos enemigos, peores que demonios! ¿Es así almas? ¡Pluguiera Dios no fuese así. Pues miren ya si contra estos enemigos hemos menester una Cruz aparte, que nos defienda: *La primera en la frente, porque nos libre Dios de los malos pensamientos.*

Te acometen pensamientos de vanidad, de soberbia, de querer ser mas que otros, y para eso andas pensando, à las ganancias ilícitas para la hacienda, à las execuciones torpes para la gala? la Cruz en la frente, la Cruz: y oye à S. Agustín: *Si portas in fronte signum humilitatis Christi, porta in corde imitationem humilitatis Christi.* (Aug. *Serm. 20. de Diversis.*) Si con esa señal pones en la frente la muestra de la mas profunda humildad de Christo, trasladada tambien con ella esa humildad à tus pensamientos. ¿Por qué pensais, dice Agustín, que no nos dexó el Señor à sus Chritianos por señal aquella Estrella, con que allá conduxo à los Magos? No nos dexó la Estrella, sino la Cruz, porque no quiso que sea nuestra señal brillos, lucimientos, y resplandores, sino humildad, y abatimiento. *Non luit Stellam esse in fronte fidelium signum suum, sed Crucem suam: unde humiliatus inde glorificatus est, inde erexit humiles, quo humiliatus ipse descendit.* (Tract. 3. in Joan. ap. Gret. lib. de Cruc.) Se te ofrecen pensamientos de retirarte de la virtud, de no acudir à los Templos, de no frecuentar los Sacramentos, porque no digan que eres mocho? la Cruz en la frente, la Cruz. ¿Y por qué quiso el Señor, que tú hiciefes esa Cruz en la frente, que es lugar de la vergüenza? te pregunta Agustín; porque con esa Cruz desprecies esos malos pensamientos, que tan pernicioso vergüenza te ponen de parecer Chritiano: *Signum suum Christus in fronte nobis figi voluit tanquam in sede pudores, ne Christi opprobrio Chritianus erubescat.* (Aug. in Ps. 30. c. 3.) Te embisten pensamientos de desconfianza, de temor, con que te parece, que ha de poder mas contigo el demonio que la gracia de Dios? haz en la frente la señal de la Cruz, te dice S. Geronymo, y con esa señal desprecia esos temores vanos, que si tú no quieras, no se atreverá el demonio. *Signaculo Crucis munias frontem, ne exterminator Agipti in te locum reperiat.* (Hier. ap. Lobetium) Y en fin, te acomete la ira con senti-

mientos de venganza, la carne con feas representaciones de torpeza, y las pasiones todas con alhagüenos pensamientos de sus apetitos? pues contra todos haz la señal de la Cruz en la frente, te dice S. Chrysofomo: *tén Fé de lo que esa señal puede, y dexarás burlado todo el tropel de malos pensamientos: Cum signaris, tibi in mentem veniat omnis vis quam Crux continet, actum iram, omnesque rationis adversos animi impetus extinsis.* (Chryf. hom. de vener. Cruc. It. hom. 55. in Mat.)

Estaba en el desierto el Santo Abad Nicolao de Rupe, (Bollan. in ejus vita 22. Mart.) y vió à buena distancia, que venia hacia él un mancebo cargado con tres bolas de manteca, que sus Padres enviaban de limosna al Santo Abad para su Monasterio. Apenas lo descubrió de lejos el Abad, quando à toda prisa empezó à hacer Cruces hacia él. Reparó el mancebo, llegó, y dixole: ¿Padre, por qué me haces Cruces? Soy yo el demonio? No lo eres, le respondió; pero sábet, que como moscas venian sobre tí los demonios, instigandote à lo que tú venias pensando. ¿Pues qué pensaba yo? Pensabas hurtar esa manteca, è ir luego à tal parte à venderla, y con la señal de la Cruz, que yo te hice, dexaste ese pensamiento. Es verdad, dixo el mancebo, eso, eso era lo que yo venia pensando, y echandose entonces à sus pies, le pidió perdon arrodillado. Oh, Padre, que si por Cruces fuera, anduviera yo todo el dia hecho un Calvario; pero aunque esté haciendo Cruces todo el dia, ahí se están los malos pensamientos. ¿Cómo se están? Los consientes con la voluntad? Los abrazas? No, antes me afligen, y me atormentan. Pues dichosa tu alma, dichoso tú, que con la Cruz triunfas; que el librar la Cruz de los malos pensamientos, se entiende, que nos libra de consentirlos, no de batallar contra ellos, que en esa batalla está nuestra corona. Pero el que busca las ocasiones, el que por su gusto se pone en la conversacion, en las vistas, y aun entre las mismas llamas, ¿de qué se quexa, si la señal de la Cruz no basta? Porque tiene en su alma impresa la imagen del demonio. No es falta de eficacia en la Cruz, si haciendola solo por ceremonia, se abraza con toda la voluntad del veneno.

La segunda Cruz hacemos en la boca, dice el Catecismo, *porque nos libre Dios de las malas palabras.* Este es otro exercito de fierísimos enemigos, que aguzando hacia fuera todas sus puntas, dexan en el alma, oh, qué crueles heridas! Una sola palabra, que buela, y que pasa, alborota una casa, quita una honra, pelagra una vida; y lo que es peor, condena muchas almas. Una de las que llaman chanzas, y son torpezas, que daños, que ruinas, y que perdiciones no causa? ¿Pues, y qué el tropel de juramentos? la lluvia de maldiciones? y la tempestad de murmuraciones? Miren si es menester bien otra Cruz para la boca, *porque nos libre Dios de las malas palabras,* que peores daños suelen causar que los demonios. Allá nos manda el Espíritu Santo, que hagamos un peso, en cuyas balanzas pesemos las

las palabras: *Verbis tuis facito stateram.* (Eccl. 28.) ¿Y qué peso puede haver para pesar las palabras? La Cruz, la Cruz, que peso la llama la Iglesia: *Statera facta corporis.* Pues por eso la ponemos en la boca, para que sea el peso de nuestras palabras. La Cruz tiene los dos brazos derechos, que quiere decir, que tanto hemos de querer para el proximo, como para nosotros mismos. Así, pues, por qué ha de pesar mas contigo el gusto de decir el dicho picante, ò la palabra torpe, que la ofensa, que con él haces à tu proximo, ò el escándalo? ¿Por qué ha de pesar mas contigo la ira con que echas maldiciones, ò el encono con que murmuraras, que el daño que haces à tu proximo en la vida, ò en la honra? Sean iguales los brazos de esa Cruz al pesar de las palabras. A tu proximo, como à tí mismo. Asistia un Sacerdote Cathólico à un convite de Hereges Calvinistas; y de estos, uno maspreciado de decidir, empezó entre los manjares à decir por chanzas blasfemias contra los Sagrados Ritos de nuestra Cathólica Religión. Celebrabanlo con grande risa, y aplauso los otros, y à todo estuvose callando el Cathólico. Levantaron la mesa, y todavia profeguia aquel en sus blasfemias, haciendo risa de que nos hagamos la señal de la Cruz. Entonces, levantandose el Cathólico: Hasta aquí he callado, dixo, porque yo fui convidado à comer, no à disputar; mas yá que tanto blasfemas (dixo levantando la mano, y haciendo sobre el Herege la señal de la Cruz) en el nombre de Jesu-Christo te mando que calles, no abras mas la boca. Al punto, como si la Cruz fuese un sello de diamante, le dexó del todo mudo, que en su vida no habló mas palabra. (Rayn. p. 2. *Het. fol. 200. & 201. t. 16.*) ¡Oh, cómo debe temer que así lo castigue la Cruz, quien haciendo la Cruz en la boca, todo el dia gasta luego en maldiciones, juramentos, murmuraciones, y deshonoras!

La tercera Cruz hacemos en el pecho, dice el Catecismo, porque nos libre Dios de las malas obras. Es nuestro corazon como la fuente de nuestra vida, el origen tambien, y el manantial de nuestra muerte. De él brotan los raudales de veneno, que nos atosigan, las lascivias, las verganzas, los hurtos, los homicidios. Dentro del corazon se fraguan para la destruccion de el mismo que los fábrica. Quién tal pensara, que nuestro mismo corazon, ese, ese es nuestro mayor enemigo, y mas perverso que el demonio! Pues por eso le hacemos la Cruz. ¿Y qué intentamos con eso? Miren: Es el corazon la casa de la moneda de toda la República de un hombre. De allí corre como hácia lo vital en la sangre el sustento à todo el cuerpo; así hácia lo christiano todo el valor, y el precio en las obras. Ahora, pues, poniendo en el corazon la Cruz, qué hacemos? Poner el cuño, con que ha de salir acuñada toda la moneda de las obras, con que hemos de comprar el Cielo: *Pone me ut signaculum super cor tuum.* Le dice el Esposo à su querida: Ponme sobre tu corazon como un sello, como un cuño, en donde

se han de ir acuñando todas tus obras con la señal de la Cruz, dixo Theodoro: *Ut notam ipsius Crucis in omnibus factis imprimamus.* Eso es el hombre, dixo S. Agustín, una moneda de Dios, que si tiene precio, si tiene valor, todo lo tiene por la Cruz: *Nymmus Dei est homo imaginem habens Dei, & quidem Crucifixi.* (Aug. tract. 40. in Joann.) Ahora, pues, diganme: Si de esa casa saliera la moneda, por una parte con la Cruz, y por la otra, no el Castillo de nuestro Rey, sino las Armas del Gran Turco, una media luna, admitieran esa moneda? ¡Oh, que fuera un delito gravísimo! Pues así son las obras buenas; pero hechas en pecado mortal, ¿qué importa, que por una parte muestren la Cruz, si por la otra llevan gravadas las armas del demonio? No sirven, no tienen valor: *Ejici*, dixo S. Ambrosio, *ejice de numismate anima tua imaginem diaboli, & attolle imaginem Christi.* (Amb. l. 1. Off. c. 49.) Mas si la moneda llevara mucha mas liga de la que permite la ley, aunque tuviera la Cruz, correría? No por cierto; y pues así son las obras, que parecen buenas, y llevan la liga de intentos muy torcidos: Las que parecen limosnas, y son atractivos de deshonestidad; la que parece zelo, y es venganza: la que parece devocion, y es galanteo; la que parece humildad, y es ambicion. ¡Oh, qué moneda! Oh, qué obras todas perdidas! y que en lugar de tener precio, merecen gravísimo castigo. Mas si la moneda, aunque tenga la Cruz, y el Castillo, fuera de plomo, ò de estaño, valdria? Nada. ¿Pues qué importa, que al entrar en la Iglesia, al empezar la Misa, al empezar la Confesion hagamos sobre nosotros la señal de la Cruz, si luego, la que havia de ser plata de devocion verdadera, es plomo de una atencion muy divertida? si luego el que havia de ser oro de una finisima contricion, no es sino estaño de un falso proposito? ¡Ah, Confesiones! Ah, Misas! Ah, obras fantásticas! Todas sin valor, todas monedas perdidas, porque sois de plomo, habiendo de ser de plata: porque habiendo de ser de oro, sois de estaño. Pues entendamos, que à eso nos obliga la señal de la Cruz en el pecho, à que nuestras obras, para tener valor, y precio, tengan las calidades de la moneda, que sean segun la ley en la liga, en la materia, y en el sello. Mas me detuviera aquí, y era menester; pero yá es tarde; hagamos, pues, la señal de la Cruz en el pecho, de modo que nos acordemos, que nos empeña esa Cruz à las buenas obras. A S. Juan Romanense le llegó à pedir limosna uno de los muchos que suele haver, que parecia pobre, y no era sino holgazán, y ocioso. Conocióle el Santo, y dióle una gran limosna, que fue hacer sobre él la señal de la Cruz. Gran limosna por cierto! Sí, porque al punto se sintió aquel tan alentado, tan libre de la floxedad, y tan deseoso del trabajo, que aplicandose à él, no hubo menester mas en su vida pedir limosna. (Rayn. 2. *Het. t. 16. f. 199.*) Valgame Dios! Y si huviera en México quien tuviera esta gracia de hacer la Cruz à tantos ociosos, ¡qué de ellos se remediarán! Pero como

todos les hagan la Cruz, echandolos de sus casas, ellos se aplicarian al trabajo.

Y si tantas virtudes, tantos provechos, y tanta utilidad tiene la Cruz, yá no es menester preguntar, ¿quándo es bien usar de la señal de la Cruz? En todas nuestras acciones, en todos nuestros pasos, nos dice S. Geronymo. (Ep. 1. c. 8.) porque en todos tenemos peligros. Los antiguos Christianos todas las horas al sonar el Relox, se hacian la señal de la Cruz; y bien es menester al levantarse, para que nos defienda de los peligros del dia. Al salir de casa, para los muchos riesgos de las calles. Al entrar en casa, para las impertinencias de la familia. Al comer, para que no sea dañoso el sustento. Al ir à dormir, para que nos libre de los sueños, y fantasías torpes. En todas nuestras necesidades, ahora en la enfermedad, ahora en la salud, que en cada una de estas cosas, pudiera referir innumerables milagros de la señal de la Cruz. Pero por sernos mas temeroso el peligro de las tempestades, y rayos, para que nos alentemos con la señal de la Cruz, refero solo este prodigioso suceso.

Cuenta el P. Adriano Lyrio, de nuestra Compañia, (Lyr. *Jesu Pat. l. 4. c. 1. f. 170.*) hubo en Inglaterra un mancebo, que juntado à la primera nobleza de su sangre el lustroso agregado de relevantes prendas, quanto se ganaba en todos de estimacion, y de aplausos, aumentaba la lástima en los Cathólicos, viendole tan rematadamente ciego entre los perversos errores de la heregia, que nada havia podido à defengañarlo, ni persuasiones, ni argumentos; y entre los demás errores, uno era hacer mofa, y risa del santo uso de hacernos la señal de la Cruz; mas yá que nada bastaba en la tierra, tomó à su cargo el Cielo el defengañarlo. Salió una vez al campo à divertirse, y quando mas en lo escampado, empieza el ayre à entoldarse de nubes, las nubes à espesarse en tinieblas, y las tinieblas à desabrocharse en rayos: y quando estos, alcanzandose en el estallido, caían, que se cruzaban, el mancebo, sin formar ni una Cruz, antes se divertia riendose de las llamas. Sordo al grito de Dios, el que à sus luces ciego, mas presto le habló con mas claridad el aviso, porque desprendido un rayo de la esfera, en un punto lo envolvió entre sus llamas, lo ciñó de sus luces, y lo aterró con sus estruendos: de modo, que dexada la risa, lo cubrió en un punto de pálido pavor el miedo, con que aun à sí mismo se preguntaba por su vida, creyendose yá muerto. Pasó el estruendo, volvió del susto, hallóse arrojado en la tierra, y al mirar sus vestidos (¡oh, prodigio!) con un admirable artificio vió que la llama le dexó por toda la capa, y por el vestido todo, pintadas unas Cruces de fuego, que formando una labor muy agraciada, le decian, que agradeciese à aquellas Cruces no haverlo hecho cenizas las llamas. Atonito à tanta maravilla, no solo se convirtió à nuestra Santa Fé Catholica, sino que retirandose à un Santo Monasterio, retrató mejor

en su santa vida las Cruces que el rayo le havia pintado en la capa. Y así, aun nuestros mismos enemigos, y obligados de Dios, nos enseñan à buscar en la señal de la Cruz nuestra defensa. ¡Oh, Cathólicos! No se aparte la Cruz de nuestros corazones en el amor, de nuestras acciones en la imitacion: tengamosla siempre, no solo en el alma para la veneracion, sino en las manos para la defensa, para el patrocinio, y para la gracia.



PLATICA XI.

DE LA PRIMERA OBLIGACION del hombre, que es buscar su fin.

A 22. de Junio de 1690.

SIN determinar algun fin adonde se encaminen las acciones, no se pueden lograr los aciertos: En eso nos distinguimos los hombres de los brutos, en que si un bruto no atiende mas que à lo presente, sin que le mueva éste, ò aquel fin, sino solo el general instinto à su conservacion, ò el particular antojo à su apetito; el hombre no hace accion, que no la encamine por medio para conseguir algun fin. Aplica el Labrador sus fatigas, para lograr la cosecha: el Mercader sus compras, para conseguir su ganancia: El Oficial sus tareas, para asegurar el sustento: el estudianto sus desvelos, para adquirir la fabiduria: el Pretendiente sus reverencias, por llegar al puesto. Y así, cada uno à su fin, yá proporcionando los medios; pero no siendo ese fin el ultimo, si el Labrador, si el Oficial, si el Mercader no atienden mas que à la ganancia, al lógro, al sustento, y de ahí no pasen à buscar por esos medios el fin ultimo, muy poco se distinguen de los brutos, les dice Seneca: *Vita proposito sine carens insigne stultitie argumentum est.* Porque, ¿qué mayor necedad, que malograr, y perder todos los medios, por no encaminarlos à algun fin? Si un Piloto se entregara à los mares, sin llevar determinada derrota, sin fixar el puerto adonde encaminaba su viage, ningun viento sería favorable; porque si el viento sopla à encaminar à España, y él no lleva ese intento, el viento no le sirve: si sopla à encaminar à la India, y él no lleva esa derrota, no le aprovecha: si sopla à encaminar à las Indias, y él no busca esos puertos, no le es viento favorable: en fin, todos los vientos serían para ese Piloto perdidos, porque como él no determina puerto, que sea el fin de su viage, por mas que sean los vientos favorables, no le sirven. Es la comparacion, como dice Seneca: (Epist. 71.) *Ignoranti, quem portum petat nullus suus ventus est. Necessesse est multum in via nostra casus possit, quia vivimus casu.*